

El resultado de las elecciones municipales plantea a la izquierda el difícil problema de tener que optar entre participar en el poder o intentar dividirlo. Hoy, con la Constitución en la mano, con el Parlamento dominado por la derecha y un ejecutivo que se encuentra dispuesto a hacer la política que corresponde a un Estado capitalista de tercera, la izquierda, si quiere realmente serlo, evidentemente no puede dejar de plantearse el poder conquistado en las municipales, no como una parcela del mismo poder del Estado, sino como un poder distinto y aun opuesto, el poder del pueblo frente al poder que la burguesía detenta en las áreas centralizadas del Estado.

El poder central ejercido por la derecha parece que responderá a unos intereses distintos al del poder local que ha conquistado la izquierda, y que ambos poderes, si quienes lo ejercen son consecuentes con los intereses que representan, se encontrarán enfrentados y en una difícil convivencia. Roto el nexo de unión que en el largo período franquista colocaba a los alcaldes y a los Ayuntamientos en una dependencia absoluta de los gobernadores civiles y del Gobierno a quien debían el cargo y la obediencia, y siendo desde ahora representantes directos del pueblo que los ha elegido, y garantizada la autonomía del poder municipal por la Constitución, que está por encima de todos, no existe ninguna razón para que la izquierda en "sus" Ayuntamientos y dentro de la amplia esfera de las competencias que les corresponden, no lleve adelante una política lo suficientemente expresiva de los intereses que defiende, como para que sin ambigüedades nos muestre sus verdaderos objetivos y capacidades.

No basta —pensamos— con su honestidad y su honradez en la administración de la cosa pública, es necesario que, además de estas prendas, los Ayuntamientos de izquierdas sean capaces de ofrecernos un marco municipal nuevo a nuestra vida ciudadana, de establecer los cauces vivos y dinámicos de partici-

pación directa del pueblo y de convertir los municipios en plataformas activas de lucha política de cara al poder central, cuyo ejercicio está dominado por los intereses antagónicos del capitalismo.

Si en el poder central, la izquierda tiene durante los cuatro próximos años una desventajosa posición minoritaria y

de administración de lo común, pues nada hay común ni verdaderamente colectivo; el poder y sus instrumentos y mecanismos, en una sociedad de clases, se encuentran siempre en manos de una clase y constituyen armas de combate, posiciones de poder de una clase en la lucha que enfrenta intereses antagónicos e irreconciliables. El "ser" de la izquierda reside en que no olvide esta elemental constatación de la teoría sobre la que basa su estrategia de combate.

El poder, sea central o local, sea privado o familiar, sea público y aun internacional, no es, en una sociedad de clases, un poder de todos, sino un poder de una clase que se

ejerce sobre todos. Si la izquierda en una sociedad de clases no quiere pasar del poder, sino que lucha por conquistarlo y aun a veces conquista alguna de sus parcelas, no puede intentar ejercerlo en nombre de todos, sino sobre todos, para imponer a todos los intereses del pueblo que representa. Todo avance de la izquierda debe ser sin ambigüedades una división del poder, un retroceso y una disminución del poder de la derecha, una nueva posición de lucha, la conquista de armas al enemigo que inmediatamente deben ser puestas en manos del pueblo para aumentar su capacidad ofensiva.

Si nuestra izquierda fuese una izquierda de verdad, no una simple "alternativa" para el ejercicio del mismo poder, sus posiciones en la hora actual no serían malas, ya que los Ayuntamientos de las más importantes poblaciones, las Diputaciones de algunas provincias y los gobiernos autonómicos de algunas regiones y nacionalidades no son ni mucho menos instrumentos y mecanismos de poder despreciables frente al poder central, no tanto por sus competencias —ya que las competencias las decide el poder central— como por la cercanía al pueblo y la posibilidad real que ofrecen de que sea directamente el pueblo quien ocupe estas posiciones de poder, y desde ellas avance hacia su liberación. ■

DIVIDIR O PARTICIPAR EN EL PODER

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

va a ser la UCD quien gobierne, quien legisle y quien a la postre va a imponer su criterio y los intereses que representa, en los poderes autónomos, en Cataluña, en Euskadi, en Valencia, en Andalucía y en un gran número de municipios y aun en algunas provincias, la izquierda se encuentra situada en una posición favorable, lo que le debería permitir imponer en estos ámbitos de poder los intereses del pueblo, y también impedir que desde el poder central y desde su posición privilegiada la derecha los contrarreste o los haga en la práctica imposibles.

Pienso que la izquierda no debe caer en la trampa que representa la interpretación interesada de que un poder "democrático" es el que se ejerce en nombre de todos, el "yo seré alcalde de todos los madrileños" no debe significar que el Ayuntamiento de Madrid realizará una política no comprometida, no partidista, moviéndose entre dos aguas para contentar a todos, sino que, por el contrario, un alcalde y un Ayuntamiento conquistado por la izquierda debe realizar para todos una política de izquierdas sin concesiones y con nitidez y enfrentada con el poder central, si éste realiza una política de derechas.

La democracia, en una sociedad de clases, no puede ser otra cosa que un marco de lucha en el que el poder y sus instrumentos no son ni pueden ser "neutros" e imparciales, simple mecanismo